

EL CUZCO INCAICO, SEGUN JUAN DE BETANZOS.

M^a del Carmen Martfn Rubio.
(ACISAL).

Repasando las historias de los cronistas de los siglos XVI y XVII, de inmediato se advierte el gran impacto causado en ellos por Q'osqo, la capital del Tahuantinsuyo: el ombligo o centro del mundo andino. Por ejemplo, Pedro Sancho, la vio tan grande y hermosa, que sería digna de España; y toda llena de palacios, porque en su recinto no vivía gente pobre¹. Pedro Pizarro, primo del conquistador-gobernador, Francisco Pizarro, describió sus grandes casas o palacios, moradas de los aristócratas orejones, quienes como verdaderos señores de la ciudad, iban en andas de un lado para otro². Por su parte, Francisco de Jerez, aludió a las vías anchas, bien empedradas, y provistas cada una de un caño de agua³. Y el minucioso Cieza de León, contó que era cuidada, como correspondía a la urbe más importante del engranaje inca; para lo cual en ciertas épocas del año, acudían vecinos de otras provincias a edificar y limpiar las calles⁴.

Se podrían constatar otras impresiones muy elogiosas de los cronistas hacia el Cuzco, ya que indudablemente quedaron deslumbrados ante su vista. Ello no tiene nada de extraño, habida cuenta de que la sociedad inca fue primariamente campesina. La gente vivía en humildes casas de adobe y paja, levantadas junto a sus tierras de cultivo.

Las ciudades existían (de pequeñas dimensiones en la mayoría de los casos) para albergar edificios públicos estatales, cual los destinados a depósitos: qolqas y kallancas, los llamados galpones entre los españoles; templos (a imagen del Korikancha); acllahuasis o conventos de las mamaconas y vírgenes del Sol; y palacios, residencias de los gobernantes. A su lado, se encontraban también pequeñas casas de vecinos, casi siempre, servidores o especialistas en los oficios necesarios para la conservación y mantenimiento de la urbe; y de las viviendas de los sacerdotes, militares y dirigentes, siempre pertenecientes a las panacas reales.

No es preciso incidir en que dentro de aquel marco social, las ciudades brillaban con luz propia, por concentrarse en ellas el poderío del Incanato.

De la riquísima información legada por los cronistas, especialmente de Cieza de León, parece colegirse la existencia de hasta tres categorías urbanas. En la primera estarían encuadradas Cuzco, Hatun Colla, Vilcas, y Caxamalca, ésta última con algunas dudas. Las cuatro eran cabeceras de provincias, donde se almacenaban los tributos, para después ser redistribuidos, por el Inca, según las necesidades del pueblo.

No es de este tema entrar en la delimitación de los órdenes urbanos; en cambio, conviene aclarar que Cuzco estaba por encima de todas las ciudades. Era la capital del Tahuantinsuyo, residencia de los nobles. Además tenía carácter sagrado, por albergar en su seno al Korikancha o recinto de oro, el templo más importante del imperio, dedicado al Inti, el Dios Sol. Era también panteón de los incas fallecidos y de sus esposas, porque en él se hallaban los cuerpos momificados. Asimismo albergaba la morada del Huillac Humo, especie de papa, y de sus sacerdotes ayudantes; por todo lo cual, la bellísima cancha y la plaza de Intipampa, detrás de la cual se encontraba ubicado el templo, constituían, si se me permite el símil, el Vaticano de los incas; y a él acudían las gentes de los más lejanos lugares para hacer ofrendas, con gran devoción.

¹ Pedro Sancho. 1534. Biblioteca de Autores Peruanos. Lima. 1968.

² Pedro Pizarro. 1571. Biblioteca de Autores Peruanos. Lima. 1968.

³ Francisco de Jerez. 1534. Editorial Universo. Lima.

⁴ Cieza de León. 1550. Editorial Nueva España. México.

Si ahora, después de haber señalado estas someras generalidades sobre el Cuzco, intentamos adentrarnos en la mentalidad de los conquistadores, hombres del Renacimiento, habituados a vivir en ciudades, con las ya incipientes comodidades de la época -las cuales perdían al llegar a Indias, dadas las formas de vida rurales de los aborígenes- será fácil comprender, la sorpresa que recibieron al descubrir las sofisticadas estructuras urbanas cuzqueñas; algunas de las cuales, como el Korikancha, se hallaban incluso revestidas de oro y plata. En medio de inhóspitos territorios de montañas, sólo dulcificados por pequeños y lejanos valles entre sí, de repente, Cuzco se mostraba como una ciudad, digna de España y de Europa. Sin duda, su recinto rompía con todo el entorno. De ahí el entusiasmo de conquistadores y cronistas al evocarla. Ahora bien, exceptuando a Garcilaso de la Vega, hijo de la propia ciudad, ninguno ha sentido por ella admiración y pasión tan fuerte, como Juan de Betanzos, quien en 1551, bajo total óptica indigenista, escribió: "Suma y narración de los incas".

Juan de Betanzos. Era contemporáneo de Cieza de León, Pedro Sancho, Francisco de Jerez, Agustín de Zárate, Miguel de Estete, Pedro Pizarro, y otros conquistadores, quienes escribieron hermosas crónicas, narradoras de sus propios hechos.

El caso de Betanzos, fue distinto, porque no hay constancia de que hubiese intervenido personalmente en la conquista, aunque para Jiménez de la Espada, pasó a Perú con Francisco Pizarro, y tras consagrarse, sin descuidar otros intereses, al estudio del quechua, se le nombró lengua o intérprete oficial del gobernador⁵.

Quizá su pronta dedicación al idioma aborígen, le hizo adentrarse de lleno en la cultura del pueblo inca, pues según él mismo cuenta en el prólogo de la obra, durante seis años anteriores, y en plena juventud, había compuesto ya su Doctrina cristiana y dos vocabularios, uno de vocablos, otro de noticias, oraciones enteras, coloquios y confesionarios⁶.

La vida de Betanzos se nos muestra totalmente oscura hasta su llegada al Cuzco. Se ignora cuando y por donde pasó al Nuevo Continente. Asimismo existen dudas sobre su lugar de origen. Tradicionalmente se le hacía nacido en Galicia, según lo afirmado por el historiador y literato gallego, Manuel Martínez Murguía; pero también cabe la posibilidad de que hubiese visto la luz de sus días en Valladolid, lo cual se desprende de dos cartas existentes en la Colección Muñoz de la Real Academia de la Historia de Madrid, y en la de Documentos Inéditos del Archivo General de Indias de Sevilla⁷. También se colige de ellas, que ejerció el oficio de escribano en 1539 en la isla Española o Santo Domingo, a partir, de cuyo momento, y tal vez por problemas surgidos con el licenciado Castañeda, a quien acompañó a realizar un juicio de residencia en Cubagua (Venezuela) se trasladaría a Cuzco, donde en 1542 aparece siendo vecino, y con tan perfecto conocimiento del quechua, como para participar en calidad de intérprete, en las informaciones del gobernador Vaca de Castro⁸.

No sabemos tampoco cuando aprendió este idioma. Pudo ser en un primer encuentro con el Cuzco, acompañando a Pizarro, según dice Jiménez de la Espada, aunque desde luego, en el Acta de la Fundación Española de la Ciudad, no consta entre los ochenta y ocho

⁵ Marco Jiménez de la Espada. Prólogo a la Suma y narración de los incas. Biblioteca Hispano Ultramarina. Volumen V. Madrid, 1880.

⁶ De conservarse estas obras, Betanzos sería considerado como el padre del quechua, título ostentado por Fray Toribio de Santo Tomás, de quien en 1580 se publicó en Valladolid una gramática y un lexicón en lengua quechua.

⁷ Colección Muñoz. A/108. 274. Academia de la Historia. Madrid, J. F. Pacheco, F. de Cárdenas y Luis Torres de Mendoza. Documentos Inéditos del Real Archivo de Indias, relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América. Tomo I. Pág. 560-563. Madrid 1864.

⁸ Collapina, Supino y otros quipucamayos: Relación de la descendencia, gobierno, y conquista de los incas. Lima. 1975.

primeros vecinos⁹, ni tampoco entre los expedicionarios de la isla del Gallo; sin embargo, no se puede descartar, quizá su presencia anónima, por no haber intervenido en hecho destacables, y después su paso a Santo Domingo ocupando el cargo de escribano en la Audiencia. Otra posibilidad, habría que centrarla, para el estudio del quechua, en la misma Española, con dineros de naborías, destinados por la corona para el conocimiento de las lenguas indígenas¹⁰.

Su biógrafo, el padre Angulo, supone que Betanzos llegaría a Cuzco entre los auxilios recibidos por Francisco Pizarro, cuando Manco Inca, último monarca cuzqueño, después de aliarse con los españoles, se levantó en su contra en 1536, y destruyó gran parte de la capital sagrada¹¹.

Lo cierto es que Betanzos, gozó de la confianza del marqués Francisco Pizarro, porque le entregó como esposa a doña Angelina Yupanqui, con la que había tenido dos hijos, Juan y Francisco, antes de unirse a Inés Huaylas, de quien nacieron otros dos hijos. Una de ellos fue doña Francisca, su heredera¹².

La figura de Angelina estaba desdibujada entre la descendencia de las panacas reales cuzqueñas. Se la confundía con Añas Kolke. Es el mismo Betanzos, el que aclara que descendía de Yanque Yupanque, hijo del Inca del mismo nombre, hermano de Pachacutec; por lo tanto era prima de Huascar y Atahualpa, y que su verdadero nombre fue Cuxirimay Ocllo: habla bonito. Cuenta también, que tras un reencuentro entre su padre y Atahualpa, Cuxirimay, fue llevada a Quito, teniendo unos diez años, y que acabado de construir su palacio en aquella ciudad, Atahualpa la tomó por su piviguarne o esposa principal. El mismo Betanzos, alude igualmente, a que Francisco Pizarro la tomó para sí, y que nacieron de ella, los dos hijos ya mencionados¹³. Sobre este hecho, hay una carta del licenciado La Gasca al Consejo de S.M. de 1548, en la que expone que el repartimiento de Yuca y la coca de Avisca, con una renta de doce o trece mil pesos, no lo había proveído, sino que sólo le puso un depositario, hasta saber si podía darlo a un hijo de don Francisco Pizarro, que hubo con una india, que era entonces mujer de un Betanzos, lengua. Se trataba de un niño de nueve o diez años¹⁴.

Quiere decir, que este niño había nacido hacia 1538, y su hermano un año antes o después; por lo que sobre 1541 o 1542, Betanzos habría podido contraer ya nupcias, con la ñusta imperial; fecha perfectamente acorde con su salida de la Española.

Desde luego, lo que sí está muy claro, es que a partir del matrimonio, el cronista gozaría de una posición privilegiada, dado el rango social de su esposa en Cuzco. El mismo Betanzos declara en escritura pública, firmada ante el escribano Díaz Baldeón en 1566, que ella llevó como dote crecida hacienda¹⁵. De esta unión nació María Díez Yupanqui, pues como hace notar Villanueva Urteaga, el primer apellido del cronista era Díez; aunque sólo debió usarlo en

⁹ M^a. Carmen Martín Rubio. Acta de la Fundación Española del Cuzco. 1534. Universidad San Antonio Abad. Cuzco 1984.

¹⁰ Naborías: repartimiento de cierto número de indios para crear fondos al gobierno.

¹¹ M^a. Carmen Martín Rubio. En el encuentro de dos mundos, los incas de Vilcabamba. Editorial Atlas. Madrid. 1988.

¹² M^a. Rostworowski. D^a. Francisca Pizarro. Lima. 1989. I. Estudios Peruanos.

¹³ Juan de Betanzos. Suma y narración de los incas. Transcripción de M^a. Carmen Martín Rubio. Atlas. Madrid. 1987.

¹⁴ Carta del licenciado La Gasca al Consejo de S.M. 25-septiembre-1548. Levillier. Gobernantes del Perú. Tomo I.

¹⁵ Villanueva Urteaga. Op. ct.

algunos documentos oficiales, porque en su obra, firma únicamente con el de Betanzos, así como en la carta de Santo Domingo.

Igualmente, a raíz de su encuentro con Cuxirimay, su enorme inclinación hacia las formas culturales incaicas, se haría mucho más profunda, al frecuentar e introducirse en la nobleza de la panaca real de Atahualpa, a la que pertenecía su esposa. Singularmente, ello le dio oportunidad de conocer a fondo y de viva voz, de los amautas y quipucamayos, la historia personal del Incanato. Por eso, en el prólogo de la *Suma y narración...*, advierte que los hechos de los yngas capac cunas o grandes señores de los territorios andinos, habían sido traducidos y recopilados nuevamente por él, según la versión de los propios naturales; de forma muy distinta a los narrados por otros conquistadores.

Indudablemente, Betanzos tenía motivos para expresarse así, porque además de conocer perfectamente la lengua quechua, se sentía tan compenetrado con las formas culturales andinas, como para ser capaz de escribir una crónica de corte indígena, sin pertenecer a este pueblo; por cierto, que la *Suma y narración...*, es la única obra originada netamente de pluma hispana, que pueda encuadrarse en esta categoría de escritos.

Y es evidente que Juan de Betanzos, fue uno de los primeros casos de aculturación en Perú, sólo que a la inversa de Garcilaso, pues se convirtió en un conquistador, totalmente adaptado al mundo andino.

Esta circunstancia, seguramente le llevó a ser persona de confianza del pueblo vencido. Recordemos las negociaciones, que realizó tratando de hacer salir al Inca Sayri Tupac de Vilcabamba, por encargo del virrey marqués de Cañete¹⁶; todo lo cual recogió Garcilaso con gran pena, al describir al mismo tiempo, el desmembramiento del poderoso imperio, creado por los antepasados de su madre, la princesa Isabel Chimpu Oclo. Y este fue también el motivo por el que el penúltimo Inca de Vilcabamba, Tito Cussi Yupanqui, dio poderes a Betanzos, para que gestionase y legalizase su situación, frente a la corona española¹⁷.

Sin embargo, el acercamiento a la sociedad indígena del Cuzco, no le hizo apartarse de los graves conflictos sucedidos en su época entre los mismos españoles. Así, pese a no ser hombre de espíritu belicoso sino de letras, según muestran el empleo de escribano en Santo Domingo, el de intérprete en el Cuzco, y la rapidez y perfección con que aprendió el quechua, no por ello pudo evadirse de intervenir en la revuelta de Gonzalo Pizarro, en contra de las Leyes nuevas de 1542; y aún dicen sus biógrafos, que fue amigo y paniaguado de Francisco de Carvajal, el temible "demonio de los Andes"¹⁸.

Contradictoriamente a su vida pasada, la participación en la rebelión, debió de ser bastante activa, hasta el punto de habersele comisionado la vigilancia del envío de un socorro de soldados a Valdivia en Chile¹⁹, y que fuese encargado de llevar una carta de Juan de Acosta a Gonzalo Pizarro, desde Trujillo a Lima, momento en que es apresado por el ejército de La Gasca, y que aprovechó Betanzos con mucha inteligencia y habilidad, para pasarse a las tropas reales. Con ellas aparece después en la incruenta batalla de Xaquixahuana, en abril de 1548.

De ahí que el pacificador, La Gasca, le premiase en el reparto de Huaynarina, con las haciendas de Yuca y Avisca, ya mencionadas, y con una renta de cien pesos como recompensa a la ayuda prestada en la pacificación del Perú; entre otras cosas más²⁰, cual fue el

¹⁶ Garcilaso de la Vega. 2ª, parte de los Comentarios reales de los incas. Tomo CXXXV. Atlas. Madrid, 1965.

¹⁷ Tito Cussi Yupanqui. Instrucción. En el encuentro de dos mundos: los incas de Vilcabamba. Op. ct.

¹⁸ Entre sus principales biógrafos se encuentra el Padre Angulo: *Suma y narración de los incas*. Colección de libros y documentos para la historia del Perú. Lima. 1924.

¹⁹ Esteve Barba. *Descubrimiento y conquista de Chile*. Barcelona. 1946.

²⁰ López de Caravantes. *Noticia General del Perú*. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1985.

pueblo denominado villa de Betanzos; de cierta importancia pues en 1587 era su corregidor Vasco de Contreras²¹, y aún contaba con ciento sesenta y cuatro indios tributarios²².

Tampoco conocemos más detalles sobre la vida de Betanzos en el Cuzco, a no ser que muerta Cuxirimay, se casó con Catalina Velasco, de la cual tuvo cuatro descendientes. Las desavenencias con su hija María Yupanqui, a las que hace amplia referencia Villanueva Urteaga, y la fecha de su muerte en 1576²³.

Mas está claro, que Betanzos gozó siempre de la simpatías de los gobernantes; Francisco Pizarro le entregó a su ñusta doña Angelina; Vaca de Castro le había escogido, junto con Villacastín, otro vecino del Cuzco, para intérprete y redactor de sus informaciones; La Gasca le dio encomiendas; Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, segundo virrey, le encargó negociaciones con el Inca rebelde de Vilcabamba, Sayri Tupac, e igualmente el gobernador López García de Castro le pidió intermediar en las que llevó a cabo con Tito Cussi Yupanqui.

Ahora bien, fue el primer virrey Antonio de Mendoza quien le encomendó escribir en 1565 sobre los incas. Había tomado posesión del cargo el 23 de septiembre de 1551. Para entonces la fama de Betanzos, como quechúfista e intérprete era ya todo un hecho. Don Antonio gobernante ducho en Nueva España, consideró necesario establecer una genealogía exacta de los Incas monarcas del Tahuantinsuyo; y al mismo tiempo aclarar lo más posible, sus peculiares y novedosas formas de vida. Nadie mejor que un lengua, casado con una ñusta, podía realizar aquel trabajo, así pues el virrey se lo encargó a raíz de su llegada a Perú, porque el mismo autor indica, en un capítulo, hallarse escribiendo la crónica en 1551.

Junto con el encargo, se le señaló también la orden de hacerlo, completamente ajustada a la realidad incaica. De ahí que Betanzos remarque en el prólogo que para ser verdadero y fiel traductor, debía de guardar la manera de hablar de los naturales, en detrimento del estilo gracioso y de la elocuencia suave que requería una obra, para ser leída por el virrey. Igualmente se queja de que a veces los indios hablaban por antojos o sueños siendo difícil entenderlos rectamente, mas él las transcribió, tal cual se las contaban. Efectivamente, eran las leyendas, poemas, y cantares populares, de los cuales Betanzos recoge muchas de las costumbres y hechos bélicos realizados por los monarcas.

El Cuzco incaico, según Betanzos

Para nuestro cronista, Pachacutec el noveno Inca también llamado, Inca Yupanque, es el auténtico creador del imperio. Hasta llegar a él, aunque explica con precisas leyendas los orígenes del mundo andino, y del mismo Cuzco, casi se limita a insertar los nombres de los monarcas anteriores, sin apenas mencionar acontecimientos importantes en sus gobiernos. Desde Pachacutec, la minuciosidad en el relato, es su principal característica; y sobre todo cuando se refiere a Cuzco.

Escribió que Inga Yupanque, después de vencer a su padre Viracocha Inga y a Uscovilca, el jefe de los chancas, salió a pasear para ver como estaba fundada la urbe sagrada y encontró que se hallaba sobre ciénagas y manantiales; asimismo, las casas eran pequeñas, bajas y mal edificadas; las calles sin proporción y arte de pueblo. Pareciéndole que todo estaba malparado; y las tierras de labranza de su alrededor también decidió rectificarlas.

Mas en un sistema teocrático, donde la figura del Inca, era la encarnación de su Dios, el Sol, y del Dios hacedor: Viracochapachayachachic como hijo, lógicamente había que empezar por dotar de todo el esplendor posible el templo dedicado a la deidad, y representarla en una gran escultura o bulto, a la que se hiciesen ofrendas y sacrificios.

²¹ Lima 31. Archivo General de Indias. Sevilla.

²² Charcas 270. Archivo General de Indias. Sevilla.

²³ Santisteban Ochoa. Los cronistas de Perú. Cuzco. 1946.

Garcilaso de la Vega explicó que en un altar mayor se encontraba la imagen del Sol de oro macizo y que correspondió al conquistador Mancio Sierra de Leguizano quien se la jugó y perdió en una noche²⁴.

Pero volviendo a Betanzos, sigue diciendo que Pachacutec expuso la idea a los señores caciques de la ciudad, que entonces le acompañaban y a todos les pareció bien.

A continuación escogió el sitio, y mandando llevarle un cordel, el mismo con sus manos midió y trazó la casa del Sol. Después partió con los suyos, a un pueblo llamado Salu que era una cantera, situada a cinco leguas, de donde se sacaban las piedras para edificar, y señaló las necesarias. Así se construyó la gran y bellísima cancha hallada por los españoles a su llegada al Cuzco, denominada Korikancha. Pero es preciso indicar que anteriormente ya existía el templo, también conocido por el mismo nombre, y que había sido construido desde los tiempos del creador de Tahuantinsuyo, Manco Capac, y adornado sucesivamente por sus descendientes; lo cual está corroborado en recientes excavaciones, e incluso que hubo otro templo que perteneció a culturas anteriores como demostraron los arqueólogos Barreda Murillo, y Alfredo Valencia. Son embargo Pachacutec, gran reformador del Incanato, como su nombre indica, y muy en especial de su capital, Cuzco, a la cual convirtió en el corazón de un enorme pulpo, de colosales tentáculos, aglutinadores de las demás etnias andinas, quiso que en el seno de la urbe sagrada se alzara la casa más impresionante de su reino, y lo consiguió. Todavía actualmente, se pueden contemplar sus bellísimos muros de piedras de diorita verde, noblemente pulidas y perfectamente ensambladas unas con otras; sin posibilidades de poder introducir una punta de alfiler entre ellas, pese a no llevar argamasa en las juntas. Tal vez, también a ese momento corresponde el famoso muro curvo, del que Jhon Rowe indica haber sido construido como un balcón para contener la quebrada del terreno²⁵.

En poco tiempo, dice Betanzos, se acabó de construir el Korikancha, pues trabajaron muchas gentes de otras comarcas, bajo la dirección de Pachacutec y los señores orejones que le acompañaban. Después mandó llevar quinientas doncellas para su servicio y cuidado; y a doscientos mozos yanaconas o criados, quienes tenían que cultivar las tierras señaladas para el sustento del templo; todo bajo la dirección de un señor anciano, honesto y de fama, que hacía las veces de mayordomo del Dios astro, el Huillac Humo..

A los diez días, tras de haber hecho llevar gran cantidad de maíz, ovejas y corderos²⁶, ropa fina y cierta suma de niños y niñas, ordenó realizar un sacrificio al Sol, llamado capacocha. Consistía en prender un gran fuego, en el cual se echaban las ovejas y corderos, una vez degollados, junto con la ropa fina y el maíz. Mientras tanto, se había vestido con todo lujo a los niños y niñas, y después de emparejarlos, hombre-mujer, como si estuvieran casados, les dieron un ajuar de oro, cual si fueran a vivir en su casa, pero en lugar de ello, les enterraron vivos en el templo.

Asimismo, a base de sangre de animales, Pachacutec y los orejones hicieron rayas en las paredes, con mucha reverencia, estando descalzos; y también a los nobles y a las mamaconas, servidores de la casa.

El pueblo participó, pasando todos los vecinos descalzos y con los ojos bajos, por delante de la hoguera mientras arrojaban y quemaban un poco de maíz y coca. Al salir el mayordomo del Sol, les pintaba en los rostros la misma raya que a los nobles, con la sangre de los animales, significando que estaban purificados.

Desde aquel momento hasta terminar el bulto del Sol, mandó Pachacutec que todos ayunasen; no comiendo carne, pescado, ají, verduras, sal; ni tampoco mantuviesen relaciones sexuales con mujeres; sólo se les permitía ingerir maíz crudo y beber chicha (igualmente de maíz). De lo cual parece desprenderse que esta planta tenía un singular valor sagrado en el contexto

²⁴ Garcilaso de la Vega, el Inca. Comentarios reales de los incas. Editorial Universo. Lima. Colección de Autores Peruanos.

²⁵ Jhon Rowe. El Templo del Sol. Lima. 1944.

²⁶ Betanzos los denomina ovejas y corderos; pero en realidad se trataban de auquénidos: llamas alpacas y vicuñas.

religioso incaico. Aquellos que quebrantasen el ayuno, serían sacrificados en la hoguera, cuyo fuego era animado constantemente con maderas labradas, en tanto se finalizase la figura del Dios.

Sobre la imagen del Sol, Betanzos se expresa de forma diferente a los demás historiadores, quienes coincidiendo con Garcilaso, la describen como un gran disco de rayos, similar al astro. En cambio, para nuestro cronista, según escuchó de los nobles cuzqueños, se asemejaba a un niño desnudo, de tamaño y proporción de un año, tal como se le apareció a Inga Yupangue, antes de entrar en batalla por la posesión del Cuzco. La mandó realizar a plateros cuzqueños, de oro macizo, y ya en el templo la vistieron con rico traje de lana y oro, y en la cabeza le colocaron cierta atadura con una borla a su uso: sin duda, la mascapaycha.

Sigue contando Betanzos que después de entronizado en un escaño de maderas, cubierto de plumas, le encendieron fuego perenne en un brasero también de oro, y el mayordomo en un principio, le echó pájaros, maíz y chica para que comiera; después le preparaban guisos con exquisitos manjares, y se los quemaban mañana y tarde, en otros braseros de plata.

Pero hasta la imagen del Dios, sólo podían llegar los incas y los orejones; el pueblo le adoraba y hacía sacrificios de animales en la plaza, donde después instalaron los españoles el royo, en una piedra, de forma de pan de azúcar puntiaguda, clavada en un hoyo, al que antes de cerrarlo, los vecinos habían llevado piezas de oro, y sobre el que construyeron una pila de cantería, en la que también enterraron figurillas de oro, del tamaño de un dedo, correspondientes a los linajes existentes en la ciudad, desde que fue fundada por Manco Capac, hasta entonces. Y en medio de la pila colocaron la simbólica piedra del Sol.

De esta forma, Pachacutec, mucho tiempo después de Manco Inca, volvió a institucionalizar el culto solar, base de su omnímodo poder.

Acabada esta fundamental tarea, decidió reestructurar el espacio urbano del Cuzco. A este fin, mandó cierto día juntarse a los caciques principales de la ciudad, para que éstos, una vez conocidas sus órdenes, enviasen orejones por todas las provincias sujetas, con el mandato de hacer ir a la ciudad sagrada a sus poderosos señores, a entrevistarse con el monarca.

Llegados a este punto, conviene indicar que la sociedad incaica alcanzó inusitado grado de perfección. Se había conseguido una forma de vida, en que el hombre estaba protegido por el Estado, desde su nacimiento hasta la muerte. Fue un régimen, denominado socialismo paternalista, en el que el Inca se hallaba en el vértice de una pirámide, estratificada por cinco clases de nobles o privilegiados. Eran: los miembros de sus reales panacas, a las que pertenecían, hijos, hermanos, y otros descendientes; las personas importantes de los valles cercanos a Cuzco; los curacas o jefes de las naciones conquistadas y anexionadas; los llamados por Garcilaso de la Vega, incas de privilegio, distinguidos en campañas bélicas, o bien expertos constructores; los sacerdotes, que al frente del Huillac Humo, se encargaban del buen funcionamiento y de las aparatosas ceremonias de los templos, como ya se ha apuntado al hablar de las efectuadas en el Korikancha.

Por encima de todos aquellos, estaba el consejo real, formado por el Inca y los jefes supremos de los cuatro ayllus: Chinchaysuyo, Collasuyo, Andesuyo y Condesuyo, las diferentes regiones del Tahuantinsuyo. Este fue justamente el consejo reunido por Pachacutec, al que alude Betanzos, donde se acordó reestructurar el Cuzco.

Se sigue contando también en la Suma y narración..., que los responsables de las provincias, conociendo el poder de Pachacutec, llegaron lo más pronto posible. Y cuando los tuvo delante, éste les dijo que en aquellos momentos el Sol les era propicio, por lo tanto había que aprovecharlos para reparar las tierras, dado que además, después se lo impediría la guerra. Efectivamente, la época de Pachacutec correspondió a un período de gran expansión, que Betanzos relata minuciosamente. De ahí que la tarea fuera urgente. Se pretendía conseguir que la capital se sustentase a sí misma, preparando tierras, en las que pudiesen sembrar a perpetuidad ellos y sus descendientes.

Desde tiempos ancestrales, una característica de las ciudades incas fue el autoabastecimiento de cada una; sin embargo, en el Cuzco resultaba difícil, por las múltiples aguas subterráneas contenidas en el casco neurálgico, y por los dos ríos que la atravesaban, los cuales periódicamente la inundaban. De ahí que Pachacutec, decidiera en primer lugar hacer acequias y tomas de agua, mediante la construcción de paredes de piedra. Las obras se empezaron, pero iban más despacio de lo previsto, por lo que otra vez Pachacutec reunió a los caciques, y les hizo saber la necesidad de que en la ciudad hubiese depósitos para almacenar toda clase de comidas, tanto de maíz, como de ají, frijoles, quinua, carnes secas, y otros alimentos curados, que acostumbraban

a consumir. Para ello, era preciso que se lo mandasen de sus tierras. A todo asintieron los señores, aunque también les dijo que estos envíos, no debían ser momentáneos, sino constantes, mientras el Inca no ordenase otra cosa. Ya tenía Pachacutec comida suficiente, pero no existían lugares apropiados para almacenarla, así pues también les pidió la construcción de qolqas o depósitos en las laderas de las sierras cercanas a la urbe.

Cinco años tardaron en realizarse estos trabajos, pero al fin se terminaron. Entonces Pachacutec, para compensarles repartió a los caciques joyas, dos de sus trajes a cada uno, y señoras de su linaje, porque pensaba que siendo madres de sus herederos, nunca se le rebelarían.

Pero todo esto, sólo fueron preparativos, mediante los cuales habría comida en cantidad para reedificar el Cuzco. De momento, como aquellos grandes señores necesitaban descansar, les envió a sus tierras por un año, recomendándoles que sembrasen en ellas, y no hubiese ociosidad entre sus deudos.

Mientras tanto el Inca también descansó. Se dedicó a cazar y a pasear por la urbe, imaginando donde asentaría los nuevos edificios. Lo primero que debían reparar eran las dos corrientes fluviales; así transcurrió el tiempo previsto y volvieron los caciques, cargados con las provisiones pedidas, y muchos hombres para trabajar.

Después de haber llenado los almacenes, programaron cinco días de fiestas, tras los cuales Pachacutec les dio órdenes de iniciar los trabajos desde el final de la ciudad, en el paraje llamado Pumachupan, que significa cola del puma -lugar donde se juntaban los dos ríos- hasta el pueblo de Muyna, a cuatro leguas.

Las obras debían efectuarse de piedra tosca, y con un barro especial pegajoso, que el agua no podía deshacer. Por supuesto, que los caciques lo mandaron realizar, tal como les indicó su soberano.

También pensó Pachacutec, que necesitaba tener almacenes de ropa y mantas de cabuya, para todas aquellas gentes venidas de fuera. Con esta intención organizó una gran y lujosa fiesta en la plaza de Aucaypata, de más de diez hectáreas de extensión; sitio donde se celebraban esplendorosas ceremonias litúrgicas y rituales. En medio de la fiesta comunicó a los caciques dicha necesidad, aclarando que las mantas tendrían cordeles en las puntas para atarlas los trabajadores al cuello. De esta forma acarearían las piedras y tierras precisas. Como consecuencia de esta petición, los caciques mandaron que en sus pueblos se juntasen algunos hombres y mujeres en corrales y tejiesen mantas con lanas que les fueron repartidas, y otros confeccionasen ropas.

Cuando estuvieron acabadas, las llevaron al Cuzco y las metieron en los depósitos ya preparados. A continuación, de ellas, repartieron a los trabajadores que fortalecían y cimentaban la ciudad.

Para Betanzos se tardaron cuatro años en realizar las obras, y al cabo de los cuales se preparó una fiesta de un mes de duración. Pachacutec estaba contento: se habían cumplido sus dos grandes objetivos, sanear la ciudad y llenarla de provisiones.

Corroborando esta política el cronista Sancho de la Hoz, uno de los primeros españoles que conocieron el Cuzco en 1534, dijo que Sacsayhuaman era un depósito de armas, porras, lanzas, arcos, flechas, hachas, rodela, y otras provisiones tanto bélicas como de mantenimientos precisos a la sociedad cuzqueña²⁷.

Aparte de este gran almacén, Cuzco contó con otros. Fueron imprescindibles para el desarrollo político programado por sus soberanos, sobre todo desde Pachacutec, quien según John Rowe, ascendió al poder en 1438 y murió en 1471²⁸. Con él, la etnia fundada por Manco Capac en el pequeño valle, se transformó en un pueblo conquistador, adquiriendo potestad gubernativa sobre las provincias anexionadas.

Mas volviendo a la Suma y narración..., dice Betanzos, que después Pachacutec mandó a los orejones sacar cuenta exacta en las personas de sus llactacamayos o mayordomos. de la cantidad de mancebos y mozas solteras, existentes en los pueblos; y hecho esto, ordenó que los casasen a los de unas provincias con los de las otras, para que crecieran y se multiplicaran en

²⁷ Pedro Sancho de la Hoz. Op. cit.

²⁸ Jhon Rowe. Inca culture at the time of spanish conquest. Washington. 1946.

perfecta hermandad. Por su parte, a los del Cuzco, los casó él mismo, entregándoles ropas, mantas y ajuares de los almacenes.

El colectivismo presidía casi todos los actos importantes del individuo; desde los matrimonios pluralistas, celebrados por el Inca o sus representantes en determinadas épocas del año, hasta las tareas que habfan de ejecutar, de orden patrimonial y estatal, como era el cultivo de las tierras familiares, a base de reciprocidad igualatoria entre los unidos por vínculos de parentesco de un mismo ayllu. También en este régimen pluralista, trabajaban las tierras del Inca y del Sol, o sea las pertenecientes al gobierno y la iglesia incaicos. Además tenían la obligación del turno de la mita, o servicio al Estado durante tres meses al año, durante los cuales, unos hombres, de hasta cincuenta años, se integraban en los ejércitos, y otros, construían los edificios públicos.

Pero continuando nuestra narración, Betanzos dice que una vez realizados los preparativos anteriormente vistos, Pachacutec dejó descansar por dos años a los caciques, durante los cuales debían dedicarse a cultivar sus tierras para abastecer bien al Cuzco. Al cabo de éstos les hizo regresar y comenzaron a reedificar la ciudad; para lo cual, en primer lugar hizo salir de ella a todos los habitantes, y los instaló provisionalmente en pueblos cercanos. Después derribó las viejas casas, y allanó los terrenos, y con un cordel señaló y midió los solares y las estructuras que se habrían de levantar. Luego abrieron los cimientos, sobre los cuales edificaron las nuevas casas. Cincuenta mil hombres trabajaron durante veinte años; al término de dicho tiempo, Pachacutec reunió a todos los señores principales y a los demás moradores residentes; y haciendo llevar la traza de la ciudad y su pintura, ejecutadas anteriormente en barro, cuando las tuvo delante, repartió los edificios.

No solamente Betanzos habla de las construcciones realizadas por Pachacutec; en general, los cronistas coinciden en que es este monarca quien dotó de su máximo esplendor al Incanato, dirigiendo las trazas de los más sofisticados edificios del Cuzco y del valle del Urubamba. Pedro Sarmiento de Gamboa contó, que después de acabadas las fiestas el mismo Pachacutec diseñó el pueblo como había previsto, con las importantes calles que tenía cuando entraron los españoles²⁹.

Fue a partir de entonces, hacia 1540, cuando el Inca, según cuenta Sarmiento de Gamboa, acababa de vencer a los chancas, y empezaba a consolidarse la expansión del Incanato, cuando se produjo el empuje constructivo, continuado ya por Tupac Inca Yupanqui y Huayna Capac. En tan sólo ochenta años hubieron de buscar soluciones arquitectónicas y urbanísticas, al inmenso territorio comprendido desde el sur de Colombia, el noroeste de Argentina, Bolivia, el mismo Perú, y por Chile, hasta el río Bio-Bio. Estas soluciones se impusieron con la confección de patrones estandarizados y programados concienzudamente desde la metrópoli en maquetas. Precisamente Garcilaso de la Vega dejó la minuciosa descripción de una, en el pueblo de Muyna³⁰, y Betanzos menciona la efectuada para la casa del Sol, antes de incidir en las de los edificios cuzqueños.

El profesor Luis A. Pardo estudió toda una colección existente en el museo de Arqueología de la Universidad de San Antonio Abad, y comprobó que representaban templos, fortalezas, palacios, e incluso viviendas particulares, tumbas, y huacas. Todas estaban realizadas en materiales de piedra, granito y arcilla cocida.

Indudablemente, no hubiera sido posible el trazado de edificios sumamente exactos y perfectos, en un terreno tan amplio y accidentado, sin una planificación previa y adecuada a cada lugar, donde antes se estudiarían los problemas de orden técnico. Este hecho, con el uso constante de los mismos materiales (granito, pórfido, andesita y diorita) han dotado a las construcciones incaicas del carácter repetitivo, que haría exclamar a los viajeros, que todas parecían hechas por una sola mano.

²⁹ Garcilaso de la Vega. Op. ct.

³⁰ Luis A. Pardo. Maquetas arquitectónicas en el antiguo Perú. Cuzco 1957.

Continúa diciendo Betanzos, que a los señores pertenecientes a su linaje, dio Pachacutec los edificios situados en el Hurin o parte baja del Cuzco³¹, constituyendo desde entonces, el barrio noble, en el centro del cual se hallaba la plaza de Aucaypata, hoy de Armas; que era y es aún el corazón de la ciudad. A su alrededor se alzaron los palacios públicos y privados; de sobrios muros, únicamente adornados por trapezoidales hornacinas, como los del Acllahuasi, o casa de las vírgenes del Sol, del Korikancha, de las mansiones de los monarcas fallecidos, y del propio Pachacutec, el llamado palacio de Casana, situado entre las actuales calles de Procuradores, Plateros, y Saphi; construcción que alcanzaba ocho metros y medio de altura, siendo de piedra hasta los dos metros y medio. De ahí en adelante, se continuaba de adobe, y al decir de Cieza de León, estaba rodeado de hermosos jardines, con representación de animales y aves, propios de la fauna peruana³².

Pero Sarmiento de Gamboa, al aumentar Pachacutec el espacio físico de la ciudad, también le dio la forma triangular, o mejor de puma, el animal sagrado de la mitología incaica³³, del que Betanzos cuenta que fue delimitado por los cursos de los riachuelos Saphi, Tullumayu, y la cola en la conjunción de ambos: Pumachupan. La cabeza se conseguiría después, en el reinado de su heredero Tupac Inca Yupanqui con la creación de Sacsayhuaman. Esta, justamente, fue la forma urbana que encontró en el siglo XIX, el viajero Squier³⁴, confirmada recientemente por el arquitecto Gasparini³⁵.

Más allá del casco neurálgico, se abrieron los barrios ocupados por los habitantes de las principales provincias, sometidas al imperio, combinados con los descendientes del linaje de Alcavica, la etnia originaria del valle, a la llegada de Manco Capac, de quien dice Betanzos que fue desplazada a las afueras, a dos tiros de arcabuz, a un lugar llamado Caya Ucache, para que no hubiese en la ciudad mezcla de otras gentes, si no fuera la suya propia y de sus orejones.

Indudablemente Pachacutec quiso hacer del Cuzco, la urbe más insigne de todo su territorio; por eso notaron los cronistas que en ella no vivía gente pobre, y que estaba llena de palacios. Sus calles habían sido trazadas en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas, con un caño de agua por medio, revestido de piedra. Sólo presentaban un problema: eran angostas, y únicamente podían caminar dos caballos³⁶.

También se dice en la Suma y narración..., que Pachacutec mandó hacer para la ciudad relojes. Se trataba de pirámides en piedra, y se colocaron en cerros altos, orientados, cuatro hacia el sol saliente, y otros cuatro hacia el poniente. Mediante ellos, la gente conocía el curso del sol, y sabía cuando debía sembrar y recoger las cosechas.

Como se ha ido viendo a lo largo de esta exposición, para Betanzos, Pachacutec no sólo es el artífice del moderno Cuzco, también fue el auténtico creador del Incanato. Por lo que la crónica constituye un canto épico a la vida y hechos del noveno monarca, a quien además de atribuir dotes de urbanista y arquitecto, considera una especie de Solón ateniense; pues cuando ya contaba setenta años, tenía doscientos hijos y cien hijas, dictó las leyes que en adelante habían de legislar la vida de su pueblo.

³¹ Desde su fundación por Manco Capac, el Cuzco se dividió en Hanan y Hurin: parte alta y baja.

³² Cieza de León. Op. ct.

³³ Sarmiento de Gamboa. Op. ct.

³⁴ George Squier. Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica. (1863-1865). Buenos Aires. 1974.

³⁵ Graciano Gasparini. Arquitectura inca. Caracas 1977.

³⁶ Sancho de la Hoz. Op. ct.

Cuenta también Betanzos, que al regreso de apaciguar el Collao, el Inca quiso descansar en el sagrado recinto, durante un año; al cabo del cual recorrió sus barrios durante diez días, metiéndose sin previo aviso en las casas de sus vasallos; de noche, disfrazado, andaba por las calles para ver lo que ocurría. Así pudo conocer por él mismo, los vicios de su gente, y pensó que igualmente serían comunes a los de las restantes ciudades.

En consecuencia de ello, decidió poner orden en todo el reino. Reunió a los orejones principales del Cuzco, y tras exponer las cosas negativas que había observado, les dictó ordenanzas. Estas ordenanzas son realmente interesantes, porque en ellas quedaron legislados infinitos aspectos de la vida material, social, y moral del pueblo inca.

Se refieren en primer lugar, al cuidado y limpieza de la ciudad; a la dotación de repartimientos propios, entre los que estaban los ganados y sus lanas, para que tuviera fondos de que abastecerse. Otras son concernientes a la vida urbana. De entre ellas, resultan altamente curiosas, las relativas a la prostitución.

En este sentido narra Betanzos, que mandó Pachacutec establecer una casa en los extrarradios del Cuzco, donde hubiese cierta cantidad de mujeres, tomadas en las guerras, a las que se consideraba públicas y se les pagaba. Los hombres solteros podían conversar allí, y así no irían detrás de las casadas, ni de las mamaconas. Si se encontraba en dicha casa, algún casado, mandó que fuera atado de pies y manos en la plaza, y públicamente, le vituperasen los parientes de su mujer; y que le quitasen la esposa durante algún tiempo.

Si eran preñadas mujeres, ejerciendo este cometido, y estando en la casa, el hijo debía ser llamado churi, que quiere decir del común, dado que si dos o tres varones, dormían con una de ellas en "una hora y tiempo", y quedaba preñada, decían que había sido engendrado por los tres.

A los niños nacidos en estas casas, para que los criasen, les preparó nodrizas de otros pueblos y provincias, a las que se les habían muerto sus vástagos.

También ordenó a las personas señaladas para el cuidado de la ciudad, que pusieran paja debajo de los puentes de los ríos, a orillas del agua, con el fin de que dejaran sobre ellas, los niños nacidos secretamente de mamaconas, mujeres, e hijas de los orejones. De esta forma no los matarían, y en su lugar, en pariéndolos, durante la noche, los podrían colocar en aquellos sitios previstos; y cuando las rondas preguntasen, quien iba, responderían: "Llevo un niño a poner debajo de la puente", y ya no se inquiriría sobre la persona que era, ni a qué casa pertenecía. Por el contrario, se recomendaba a los guardianes, que mirasen bien cada mañana, si había niños.

Todos los abandonados y encontrados en tales circunstancias, se entregaban a las citadas mujeres, que criaban a los nacidos del común. Después, cuando eran mayores, los mandaban a beneficiar y cultivar la coca en los valles. A través de estas ordenanzas, Pachacutec demuestra un gran respeto por la vida humana; mas ello era derivado de considerar al individuo como una unidad de producción para el Estado. De ahí que estuviese protegido desde su nacimiento hasta la muerte, a cambio de sus tributaciones en especies o fuerza de trabajo.

Asimismo instituyó que los niños aprendiesen y ayudasen a los padres en sus labores, desde los cinco años; y que se comenzasen a ejercitar en las armas, para poder intervenir en las guerras desde los quince años. Las niñas entenderían en las tareas de los campos, y aprenderían a guisar también desde esa corta edad.

Otros muchos aspectos atribuyó Betanzos a la organización de Pachacutec, como el mantenimiento de los correos o postas; la imposición del rumisumi o lengua general del Cuzco a todas las provincias conquistadas, el funcionamiento de tambos o posadas para los soldados, la disciplina de estos, los tributos que los ciudadanos habían de pagar, el funcionamiento de las casas del Sol, sus vírgenes, las inspecciones a todos los territorios por parte de los orejones principales, y otros pormenores imprescindibles en la vida del hombre común.

Pero para Betanzos, Cuzco no sólo era la urbe administrativa y dirigente del amplísimo Tahuantinsuyo; fue además, el magnífico escenario de multitud de fiestas y ceremonias, potenciadas por el gobierno. Se ha apuntado ya el minucioso control estatal sobre las gentes, archivado por los quipucamayos en sus quipus. Así la vida del runa estaba programada en todos sus hechos importantes, pudiéndose decir, que apenas les quedaba poder de decisión, si no era a niveles particulares. Por otro lado, resultaba prácticamente imposible subir de status social; y desde luego, esto convertía al Inca, en un pueblo casi robotizado.

Sus gobernantes lo sabían, y también la necesidad de romper su cotidiana monotonía. Nada mejor que la organización de numerosas fiestas por cuenta del Estado, donde se comía, bebía, y danzaba.

Al hablar de la reestructuración urbana del Cuzco, se ha visto como Pachacutec, las intercalaba entre los duros trabajos de la ciudad. Aparte de estas fiestas, que denominaríamos circunstanciales, hubo un extenso calendario, como las dedicadas a las deidades del Korikancha, a los Incas fallecidos, a los triunfadores en las campañas bélicas, etc. De entre todas, fue especialmente importante la denominada Inti Raymi, dedicada al ordenamiento de los orejones y al Sol. Se contaba entre las preferidas, porque se ponían a prueba las fuerzas físicas de los jóvenes que iban a ser armados caballeros, en medio de grandes ayunos. Dice Betanzos que aunque fueron prohibidas por la corona española, en 1551, las seguían celebrando ocultamente en los pueblos. Todavía hoy, constituye un magnífico espectáculo, digno de ser presenciado cada año el 24 de junio, en el incomparable marco de Sacsayhuaman.

Sucede a Pachacutec, su hijo Tupac Inca Yupanqui. Este monarca siguió la política expansiva de su padre. En el Cuzco su obra más importante fue la creación de una fortaleza, pues pensó que con tener edificios tan majestuosos, no contaba con defensas, y decidió fundar un fuerte inexpugnable, de piedras parecidas a las de los palacios cuzqueños.

Se eligió el lugar llamado Sacsayhuaman Urco. Después de tomar medidas y llevar piedras de las canteras de Oma, Salu, y Guairanga, trabajaron en la construcción diez mil hombres durante seis años. Algunas piedras necesitaban hasta quinientos para ser transportadas, por lo que Betanzos comentaba con extrañeza, que hubiesen sido pulidas y colocadas por manos humanas, y pese a que ya en su tiempo, la fortaleza estaba gran parte derribada, la considera como una de las maravillas del mundo.

El sucesor, Huayna Capac se encontró con una urbe muy hermosa, pero poco podía disfrutarla, dados los continuos levantamientos de las etnias sojuzgadas. Estos imperativos, le hicieron afincarse por bastante tiempo en Quito, donde murió.

De sus hijos Huascar y Atahualpa, cuenta Betanzos, la guerra civil que sangró cruelmente a la capital sagrada, y a todo el Incanato; pero ya no la describe, a no ser cuando se refiere a ceremonias de los Incas fallecidos.

En plena guerra de los dos hermanos, se produce la llegada de los españoles; a partir de ese momento, el Cuzco absorbería la influencia hispana. De la simbiosis de las dos culturas, surge una nueva ciudad, pero tampoco Betanzos siente interés por describirla, prefiriendo narrar los históricos acontecimientos, ocurridos en ella; quizá porque el Cuzco, ya no era el de los grandes soberanos Incas; había perdido majestad.